

LA VÍA CESARISTA
A LA DEMOCRACIA
DE LA BARBARIE AL PROGRESO
ALEJANDRO CASTILLO LEONE

En las sociedades hispanoamericanas, el caudillismo vino a ser una especie de ley fundamental. Nuestra psique parece no haberse desligado del ideal monárquico, del hombre fuerte y de la figura que concentra bajo su brazo el mando de la nación.

Las tiranías han dispuesto del poder a sus anchas, utilizando los medios que este brinda para oprimir y destruir cualquier avance hacia el progreso sin el menor respeto a las leyes. Como se ha visto en figuras como Boves, cuyo carácter vino a ser el ejemplo perfecto de un tirano en América, este no respetaba ningún orden ni jerarquía existente. Para él, lo importante era el saqueo y la destrucción, con miras a concentrar salvajemente el poder de quienes se consideraban marginados y apartados de la vida política y social. Las atrocidades cometidas por Boves aún nos recuerdan que la lucha de Bolívar contra él era de supervivencia, pues, apartado del camino, se podía volver a pensar en construir una civilización presta a hacer República.

En nuestra América sobran ejemplos de lo mencionado. Pero primero hay que saber distinguir entre el tirano y el caudillo. Un tirano es malvado por naturaleza y su único interés es la rapiña y el saqueo de la República a la cual somete. El caudillo, por el

contrario, actúa como un padre para sus habitantes y adquiere una caracterización casi sobrenatural. Uno de los problemas de la historiografía al juzgar a estos hombres es ver todos sus defectos, pero jamás fijarse en sus virtudes. La Venezuela de caudillos regionales fue devastadora: cada cual disponía de su fundo local a diestra y siniestra, destruyendo cualquier posibilidad de desarrollo.

Después de la disolución del orden colonial, las instituciones que hasta aquel momento habían regido la vida nacional fueron barridas con la revolución de Independencia. Tardó más de un siglo volver a consolidar un Estado capaz de absorber todas las facultades para garantizar una jerarquía que obedeciera a los intereses nacionales. Guzmán Blanco fue capaz de prever que la única solución posible a los problemas del caudillismo regional era apretar el puño con firmeza y disponer de todos los recursos del país para enmendar esta desviación inaceptable que cortaba todo progreso material y económico. Guzmán era un hombre bien formado en leyes, pero era consciente de que estas, por sí mismas, no podrían remediar el desorden imperante.

Consta que, para 1826, la situación en Venezuela era caótica desde todo punto de vista: el cumplimiento de la ley era nulo y cualquiera que osara desafiar tal mala costumbre era visto como enemigo de la patria. Cada provincia tenía su caudillo, que manejaba a su antojo los designios de su respectiva hacienda. En su magnífico libro *Cesarismo democrático*, Laureano Vallenilla Lanz recoge abundantes referencias a la situación caótica en que se hallaba la América preindependencia y posindependencia. La realidad era cruenta: los bárbaros hacían de cada pueblo o rincón un asentamiento más para acometer el pillaje y toda clase de atrocidades. Las leyes no eran suficientes por sí mismas; representaban letra muerta.

Cualquiera que con espíritu desprevénido lea la historia de Venezuela encuentra que, aun después de asegurada la independencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes, sino a los caudillos prestigiosos y

más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos.¹

Pero su misión quedó incompleta, y solo Guzmán Blanco y Gómez vinieron a rehabilitar el imperio de la ley. Bajo estos regímenes gozó la nación venezolana de una relativa estabilidad que permitió consolidar una paz autoritaria. El término «paz autoritaria» se hizo popular en años recientes. Muchos ven en el modelo de desarrollo chino una muestra fiel y coherente de una sociedad regida bajo el más estricto corporativismo, que garantiza una estabilidad.

Este fenómeno no fue exclusivo de la Venezuela del siglo XIX. En México sobran ejemplos similares, como el del propio Porfirio Díaz, quien, antes de su ascenso vertiginoso al poder central, controló Oaxaca desde el Partido Liberal. En esta zona convivían realidades muy distintas; no obstante, existía cierta reticencia frente al sometimiento del poder central. Y Díaz vino a acumular todas las fuerzas de una región compleja. Su linaje era mestizo y variado. Su madre, indígena mixteca, ambicionó que sus hijos se dedicaran a la vida pública. En esa época, el sacerdocio y la abogacía daban las herramientas necesarias para que un hombre escalara socialmente y adquiriera poder frente a sus semejantes.

Cuando en 1908 Juan Vicente Gómez recién llegaba al poder, ya el régimen de Porfirio Díaz estaba asentado sobre la firme base del orden y la fuerza. Ese mismo año, Díaz concedió una entrevista al periodista James Creelman en la cual dejó entrever gran parte de su visión acerca de por qué la democracia no había podido triunfar plenamente en México:

Mucho me temo que los principios de la democracia no han sido plantados profundamente en nuestro pueblo. Pero la nación ha crecido y ama la libertad. Nuestra mayor dificultad la ha constituido el hecho de que el pueblo no

1. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático: Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (Caracas, 1952), p. 120.

se preocupa lo bastante acerca de los asuntos públicos como para formar una democracia. El mexicano, por regla general, piensa mucho en sus propios derechos y está siempre dispuesto a asegurarlos, pero no piensa mucho en los derechos de los demás. Piensa en sus propios privilegios, pero no en sus deberes. La base de un gobierno democrático la constituye el poder de controlarse, y hacerlo le es dado solamente a aquellos que conocen los derechos de sus vecinos.²

Aquí se resume gran parte de la tesis: las sociedades no pueden experimentar la democracia mientras no exista una base social capaz de respetar los preceptos más básicos de esta. Y uno de los primeros pasos para permitir que la población se acople a tales preceptos es, precisamente, abolir cualquier síntoma de anarquía. Díaz, al igual que Gómez, fue implacable con el crimen. En una autocracia no hay espacio para la delincuencia común, que aniquila cualquier posibilidad de éxito y avance material. Evidentemente, las medidas debían ser drásticas y los castigos, implacables.

Empezamos castigando el robo con pena de muerte y apresurando la ejecución de los culpables en las horas siguientes de haber sido aprehendidos y condenados. Ordenamos que, dondequiera que los cables telegráficos fueran cortados y el jefe del distrito no lograra capturar al criminal, este debería sufrir el castigo; y en el caso de que el corte ocurriera en una plantación, el propietario, por no haber tomado medidas preventivas, debería ser colgado en

2. *Entrevista Díaz-Creelman*, prólogo de José Ma. Luján, trad. de Mario Julio del Campo, Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Documental 2 (México, 1963), p. 16.

el poste de telégrafo más cercano. No olvide usted que estas eran órdenes militares.³

En estos hombres de poder parece haber una característica común: todos procuraron consolidar su poder local a través de la agricultura y del hacendado. Lo hizo Gómez en La Mulera y Díaz en La Noria. Mientras hubo reposo político en sus vidas, canalizaron sus energías a través del emprendimiento de misiones enfocadas en sus regiones de origen. ¿Es esto producto de la casualidad o una característica indispensable para las figuras de poder en los siglos XIX y XX? La respuesta es obvia, lector, y obedece a las características del tiempo que estos hombres vivieron.

Sin autoritarismo parece imposible que se hubiese conquistado la modernidad en el gigantesco territorio mexicano. El positivismo ejerció en estos dos regímenes una influencia considerable en su modo de ejercer y proceder para lograr una paz perdurable en sus respectivas naciones. Ambos estuvieron siempre abiertos a rodearse de hombres intelectuales, siempre y cuando esto no amenazara su propio poder. En el caso de Gómez, hombres como Vallenilla Lanz o Gil Fortoul sustentaron el ideario político que regía los métodos y la practicidad del ejercicio gobernante. Esto muestra no solo una habilidad para comprender los procesos históricos, sino una mente abierta y receptiva a ideas que eran entonces consideradas aún novedosas en nuestro continente y que venían a ser una especie de contraposición con muchos dogmas hasta entonces intocables.

Detrás había una justificación mucho mayor: la patria ameritaba medidas firmes y puño de hierro. Y esto se asemeja mucho a la visión que hoy mantiene Nayib Bukele en El Salvador. La justificación de algunas medidas (hoy muy impopulares) es vital para prevenir un retroceso en el avance material.

Evidentemente, estos también utilizaron el poder para

3. *Entrevista Díaz-Creelman*, p. 18.

beneficio propio, colocando en puestos importantes a familiares y allegados. No obstante, la tarea emprendida era tan amplia y grande que muchos justificaban su proceder debido a las coyunturas del momento. Figuras de la talla de Alberto Adriani llegaron a plantear el tema del caudillismo como un paso necesario para la evolución y la transición hacia una verdadera democracia:

El caudillismo o la autocracia se hace una faz necesaria en la evolución de los pueblos latinoamericanos.⁴

Después de años de pequeños tiranos regionales y locales, emergen estos hombres fuertes que canalizan las fuerzas de la nación y evolucionan hacia una representación popular capaz de garantizar la tranquila evolución hacia el progreso humano y material.⁵ No basta con resumir su obra en la estabilidad; detrás hay progreso y consolidación de un modelo de vida: paz, unión y trabajo, en el caso venezolano.

Resultan beneficiosas las cesáreas tiranías: Porfirio Díaz en México, Portales y Balmaceda en Chile, Rosas en Argentina, Santa Cruz en Bolivia, Castilla en el Perú, García Moreno en el Ecuador, Núñez en Colombia, Guzmán Blanco en Venezuela, y así otros autócratas, son agentes seguros de progreso.⁶

Es lógico pensar que Gómez fue el precursor de la democracia

4. Alberto Adriani, *Labor venezolanista* (Caracas, 1946), p. 62.

5. La situación hispanoamericana, de orfandad y anarquía, es bien descrita por José Santos Chocano: «Los pueblos que durante cien años no han sabido, no han podido o no han querido organizarse, demostrando su incapacidad, su imposibilidad o su falta de voluntad para ello, tienen ya inaplazablemente que resolver el dilema, de disciplinarse o desaparecer, escogiendo, sin titubeos femeninos ni vacilaciones románticas, entre las Dictaduras nacionales o los amos extranjeros». *Idearium tropical: Apuntes sobre las dictaduras organizadoras y la gran farsa democrática* (Lima, 1922), p. 14.

6. Adriani, *Labor venezolanista*, p. 63.

venezolana, al haber consolidado instituciones o incluso creado algunas que no existían hasta su llegada al poder. Es muy llamativo que en abril de 1914 Gómez decidiera no asumir el poder, a pesar de que el Congreso de la República eligió y dio paso a la presidencia de Victorino Márquez Bustillos. La prensa de la época lo reseñó como una muestra del respeto estricto a la ley por parte del Benemérito.⁷

La Historia, en sus fallos inapelables, habrá de pregonar mañana cómo es cierto que en estos tiempos de redención un ciudadano modesto y probo quiso y supo mantener incólume la majestad de la ley.⁸

Con su muerte, al asumir el general López Contreras el mando político de Venezuela, ya existía un Estado plenamente capaz de ejercer funciones a lo largo y ancho del territorio nacional. Los avances no se limitaron únicamente al nivel institucional, sino también al de la conectividad, pues sabemos de la red de carreteras que este construyó durante su mandato y que permitió conectar a un país que hasta entonces estaba dividido en varias regiones separadas por caminos difíciles de transitar.

La apertura gradual y la fundación de partidos políticos que tomaron protagonismo hacia mediados del siglo xx y durante buena parte de la etapa del puntofijismo surgieron tras la apertura democrática realizada durante el mencionado gobierno de López Contreras. Su régimen fue enfático en la prohibición de ciertas ideologías antivenezolanas, como el comunismo y otras similares que no cumplían con los estándares mínimos para hacer vida en la República.

Cuando en este continente ya se creía muerta la figura del caudillo, producto de la modernidad y de la consolidación de algunos sistemas de partido, emergió Nayib Bukele como un

7. Simón Alberto Consalvi, *Juan Vicente Gómez* (Caracas, 2007), p. 103.

8. Consalvi, *Juan Vicente Gómez*, p. 103.

reflejo de su propia realidad para poner orden en El Salvador, nación hermana que se perdía entre la oscuridad del gansterismo juvenil y una corrupción que acechaba en todos los niveles de la vida pública del país. El crimen no respeta la vida de los decentes, y solo el temple autocrático restaura las sociedades al orden. Los síntomas de la decadencia hispanoamericana son casi todos los mismos: la normalización de situaciones atípicas y la disolución de la vida espiritual. Yo mismo he experimentado esa desidia del nihilismo en algunos momentos de mi vida, y solo cuando me he entregado a la cultura con entereza he podido sobreponerme.

Algunas medidas que fueron calificadas de autoritarias, como las concernientes a la vestimenta en las escuelas o al corte de cabello que llevan los niños, no han sido más que el retorno a valores que ya se creían perdidos en este lado del mundo. La normalización de ciertos comportamientos perjudiciales ha hecho creer a muchos que cualquier intento por cambiar esta realidad es infructuoso y no vale la pena siquiera intentarlo.

Solo un Estado preocupado por el bienestar de sus ciudadanos, eficiente y activo, puede detener la influencia de este azote. Aquí, la tesis de Laureano Vallenilla Lanz sobre el cesarismo democrático vuelve a cobrar vigencia y se presenta como una solución eficaz frente a la delincuencia organizada. Ejemplo vivo de lo expuesto es el éxito que ha tenido El Salvador, donde se avanza de forma veloz hacia el progreso nacional y donde la reeducación de estos individuos ha cumplido una misión necesaria.⁹ Quienes le temen al Estado fuerte, a la imposición de la ley, son aquellos que de alguna manera son susceptibles de ser

9. Lo que viene a ser la gran preocupación de los próceres, sobre todo aquellos de estirpe bolivariana: la seguridad de la república. La dictadura bolivariana es una respuesta al desorden político. Decía John Lynch: «Los demás dictadores bolivarianos —en Perú y Colombia— se acogieron a los mismos principios; fueron la respuesta a una situación de emergencia, representaban unos ideales políticos, no los intereses de nadie, restaurando la ley y el orden. Incluso habiendo alcanzado tanto éxito y prestigio, y teniendo que enfrentarse a muchas provocaciones, Bolívar siguió obedeciendo las leyes». *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850* (Madrid, 1993), p. 85.

perseguidos por el imperio de la democracia cesarista, que no es más que el retorno de un Estado al estilo romano.

Quedó demostrado en la historia que los Estados fuertes son capaces de garantizar una estabilidad que permita permear las instituciones y consolidar así un Estado que, a su vez, sea garante de una democracia sólida y verdadera. Por el contrario, los Estados débiles son terreno fértil para las revoluciones y el caos.¹⁰ Evidentemente, cuando un hombre concentra tanto poder, tiene que tener temple y decisión para derribar las taras sociales que aquejan a su patria. La corrupción, flagelo tan común, solo puede ser extirpada mediante la mano férrea y decidida. Aunque nos divide ya un siglo de la era de los grandes caudillos, todavía resulta cierta aquella frase de Marius André:

Lejos de estar en declive, el caudillismo —un cesarismo nacional, no importado— está en alza.¹¹

El tiempo sabrá decirnos si Bukele, al igual que Gómez, cumple una misión restauradora del orden en su República para dar tránsito a una democracia libre de los vicios que producen el caos y la corrupción desenfrenada. Por el momento nos conformamos con ver los avances gigantescos de este pequeño país, que comienza a posicionarse como un símbolo de orden, respeto y disciplina en América.

10. Blanco-Fombona advertía sobre la expansión del individualismo de pequeñas repúblicas, producto de la cosmovisión localista española: «América, junto con el exagerado individualismo, heredó la tendencia localista, el amor desenfrenado de la independencia y la ineptitud para constituir grandes unidades políticas. A ello se debe hoy que no forme uno, dos o tres Estados fuertes, sino caterva de microscópicas republiquetas». *Ensayos históricos* (Caracas, 1981), p. 18.

11. Marius André, prefacio a Laureano Vallenilla Lanz, *Césarisme démocratique en Amérique*, trad. Marius André (París, 1920), p. 42.